

por el momento no estoy en la época de las declaraciones. Ahora me absorben otras cosas bien distintas. Tengo a mi haber varios viajes a Limón, a los alrededores de la ciudad y unas largas permanencias en mi oficina de trabajo. Desde diciembre abandoné las labores de prensa y aún no es tiempo de reanudarlas. Antes tengo que volver a leer los periódicos día a día y reventar las ideas que aún están durmiendo en el fondo de mi espíritu. Yo lo llamaré oportunamente. Hay mucho por decir. . . me siento ya próximo a estallar, pero es mejor esperar el tiempo justo. Que descansen los lectores de mi nombre. . .

—No es posible, don Elías. Están cansados de esperarlo. . .

—Pero estoy descansando yo.—Hay quienes creen que soy un hombre inalterable, metódico, apegado a normas especiales. Están equivocados. Yo me aburro de todo, hasta de escribir y de pensar; pero nunca me dejo aburrir. Unas veces me enredo con los libros de latín, y de pronto los abandono para apoderarme de los de ciencias y a éstos los dejo para ocuparme de la botica, y a la botica para ocuparme de otra cosa. La vida no se puede hacer siempre lo mismo. Hay que variar. . . Otro tanto me pasa en los demás menesteres personales. No tengo horas de comer ni de trabajar ni de dormir. Lo hago todo conforme a las circunstancias, sin apegarme a forma alguna. . . Esa es mi característica. Tan firme en mis convicciones filosóficas como voluble en todo lo demás. Mis amigos me conocen: me aguantan y me perdonan.

—¿Y en política es usted lo mismo, don Elías?

—¿A qué llama usted política?